

CAPÍTULO VIII

Accion en el punto llamado Sacramento, en el Estado de Chihuahua.—El hecho de armas es contrario á los mejicanos.—Ocupan la capital de Chihuahua los norte-americanos. — Revolucion en la capital de Méjico contra Farias, denominada de los polkos.—Eligen ambos bandos por árbitro á Santa-Anna.—Marcha éste á la capital donde es recibido con entusiasmo.—Se restablece la tranquilidad.—Sitio y bloqueo de Veracruz por los norte-americanos.—Defensa heróica de la plaza.—Capitulacion de ella.—Sale Santa-Anna para ponerse al frente del ejército.—Se nombra para que ocupe en su ausencia la silla presidencial al general Anaya.—Proclama del general norte-americano Scott á los mejicanos, llamándoles amigos.—Otra proclama del mismo diciendo que la guerra era contra el partido monarquista.—El gobernador del Estado de Veracruz D. Juan Soto invita á todos los habitantes del país, sin exclusion de extranjeros y muy particularmente españoles, decia en su circular, á que contribuyesen á la defensa del país.—Acuden á su llamamiento varios españoles.—Uno de los primeros españoles que se presentó fué D. José Maria Cobos.—Este sostuvo á sus expensas, durante toda la guerra, dos dragones equipados y él se alistó de voluntario en un escuadron.—Varios guerrilleros mejicanos y españoles.—Entre estos últimos se distingue Martinez y el padre Jarauta.—Un hecho noble del español D. Gregorio Mier y Terán.

1847

1847. Cinco dias despues del hecho de armas de la Angostura, se daba otra accion de guerra en el campo

llamado *Sacramento*, en el Estado de Chihuahua. La fuerza norte-americana á quien vimos triunfar en el punto denominado los Temascalitos, por la interpretacion opuesta que los mejicanos que acometian dieron al toque dado por uno de sus cornetas, se dirigian hácia la capital del Estado. En la villa del Paso, á donde despues de la expresada accion entraron prometiendo garantías á la poblacion, como habia salido á pedir las una comision del Ayuntamiento, se habian estado preparando para continuar la campaña. El Estado de Chihuahua carecia de tropas, y casi podria decirse que se hallaba abandonado del Gobierno en cuanto á los recursos de defensa. Acosadas constantemente las cortas poblaciones por las tribus bárbaras que devastaban en sus repetidas irrupciones las fronteras mejicanas, la afictiva situacion de sus habitantes creció con la invasion norte-americana. Los Estados Unidos que habian impulsado y protegido á las hordas salvajes desde que Méjico se hizo independiente, á fin de apoderarse de las provincias limítrofes al verlas debilitadas por los estragos de los indios bárbaros, encontraban á sus habitantes abandonados á sus solas fuerzas, en un terreno vastísimo, para atender á dos contrarios á la vez. El coronel Doniphan, comandante de la expedicion norte-americana, se habia ocupado desde el dia 26 de Diciembre de 1846 en que enarbó en la villa del Paso el pabellon de las estrellas, en hacer los preparativos necesarios para avanzar sobre la capital de Chihuahua. La fuerza con que contaba ya en el mes de Febrero en que iba á abrir la campaña, ascendia á mil cuatrocientos hombres, diestros en el manejo de las armas y con buena artillería. Dis-

puesto cuanto era necesario, emprendió la marcha hácia Chihuahua, llevando en su poder presas á varias personas que se habian hecho notables en la poblacion por su odio á los invasores y su amor á la independencia.

El valiente y patriota gobernador Trias, en union de los individuos de mas influencia en el Estado, al tener noticia del descalabro sufrido por Ponce en los Temascalitos, habia redoblado sus esfuerzos para poner bajo un pié brillante, una fuerza que pudiese obligar á los invasores á huir del Estado. Al movimiento hecho por Doniphan sobre la capital, el entusiasmo de los chihuahuenses se manifestó vivísimo, y todos los jóvenes de las familias ^{1847.} mas distinguidas, tomaron las armas para salir al encuentro de los invasores. El sitio que el general Heredia, de acuerdo con Trias, eligió como ventajoso y conveniente para presentar una batalla á los norte-americanos, fué el punto del Sacramento, distante siete leguas de Chihuahua, en el camino de Nuevo Méjico. Se encuentra situado el campo del Sacramento en un terreno estratégico, viéndose limitado al Este y al Oeste por dos cordilleras de montañas cuya distancia de una á la otra puede calcularse de dos leguas y media: entre esas dos montañas se ve extenderse el camino que conduce desde Chihuahua hasta Encinillas. Unos cuantos cerros de pintorescas formas sobresalen de la cordillera occidental poco mas de una legua, teniendo á su falda la ranchería del Sacramento con sus fértiles terrenos y su bien cultivada y risueña campiña. De la opuesta cordillera se destaca, aunque mas al Norte, otro cerro de mas suave acceso, á corta distancia del camino.

El general Heredia habia dispuesto que entre las alturas que guardasen menos distancia entre sí, estuviesen apoyados los extremos de la línea de fortificacion. De esta manera se llegaba á formar un martillo que, cortando completamente el camino, cerraba el paso á las tropas de los Estados Unidos que, saliendo de Encinillas, no tenian otra via para llevar sus carros y sus trenes. Esta posicion verdaderamente militar, se hacia todavía mas ventajosa por una especie de alto escalon que se levantaba al pié de la línea de fortificacion que cortaba el camino, y por un suave ascenso que, dando principio en aquel sitio, marcha gradualmente para el rumbo del Norte hasta la cima de la loma, por donde se esperaba que se presentasen las tropas norte-americanas. La fuerza mejicana se componia de dos mil hombres. De esta fuerza, setecientos eran de caballería á las órdenes del general D. Pedro García Conde, que hacia pocos días habia llegado á la capital del Estado, ofreciéndose á servir en la campaña. Los soldados estaban perfectamente vestidos, tenian excelente armamento, diez piezas de artillería del calibre de 8, 6 y 4, y abundantes municiones de guerra y boca. Todo aquello era debido á los esfuerzos hechos por el Estado, que en tres meses fabricó cañones, fusiles y pólvora que le ponian en actitud de combatir á los invasores. Los chihuahuenses, que nada habian recibido del Gobierno, crearon con su acendrado patriotismo los necesarios elementos para defender el territorio nacional.

1847. Los norte-americanos se presentaron por la altura del rumbo del Norte, á las dos y media de la tarde del 28 de Febrero de 1847. Sin detenerse un solo ins-

tante se dirigieron con toda su fuerza, que ascendia, como he dicho, á mil cuatrocientos hombres, hácia las posiciones mejicanas, formando la vanguardia su caballería, la infantería y artillería el centro, y la retaguardia en que marchaban mas de trescientos carros y los bagajes, unos cien soldados de voluntarios. Aunque el número de tropas con que el jefe norte-americano Doniphan entraba en accion era menor al de los mejicanos, tenian en cambio la ventaja de ser soldados disciplinados, diestros en el manejo de las armas y componerse casi toda su fuerza de infantería. La division mejicana, por el contrario, se componia de jóvenes entusiastas, sí; pero que por primera vez empuñaban el fusil y la espada. Esta sola circunstancia prestaba á los norte-americanos una ventaja muy digna de tenerse presente para el resultado de la accion.

La caballería mejicana se organizó en tres columnas, y se colocó inmediatamente bajo el alto escalon de donde empezaba á elevarse suavemente la loma, mientras la infantería, distribuida tambien en tres columnas, defendia los reductos de la línea de fortificacion que cortaba el camino. Estos reductos estaban provistos de los cañones suficientes con su correspondiente dotacion de artilleros. Al ponerse á tiro de cañon, los norte-americanos hicieron alto, y despues de examinar las posiciones de sus contrarios, en vez de atacar de frente, como esperaba el general Heredia, tomaron hácia su derecha á paso veloz, tomando el rumbo de la hacienda del Torreon. Al notar este movimiento, el general García Conde mandó que la caballería marchase á impedir aquel movimiento.

La órden fué obedecida en el acto, y marchando casi paralelamente á los invasores, llegó hasta rebasar su vanguardia. El general Heredia, dejando inmediatamente sus posiciones, marchó con la infantería y artillería á establecer su línea de batalla frente á las fuerzas de los Estados Unidos, sobre la derecha de la caballería. Los norte-americanos hicieron alto, y formaron tambien en batalla: habian colocado sus cañones de una manera que los cubria su caballería y perfectamente situados: de repente se abrió la caballería, y descubriendo los cañones, rompieron un fuego vivísimo sobre las tropas mejicanas. La caballería de éstas, compuesta, como dejo referido, de gente bisoña que se acababa de formar y que nunca habia visto los estragos de la artillería, situada bajo los fuegos de aquella arma imponente que enviaba sus proyectiles causando sensibles pérdidas, y teniendo que mantenerse sin hacer maniobra ninguna hasta no recibir órden para ello, no pudo guardar por mucho tiempo su serenidad: las ondulaciones que se advertian en sus filas eran claros indicios del desórden que empezaba á introducirse en ellas. Los jefes trataron de restablecer la serenidad; pero al ver cruzar nuevas balas de cañon sembrando la muerte, el pánico se extendió entre la caballería, sin que nada bastase á contenerla en su línea de batalla. En vano la artillería mejicana contestó con acierto á los disparos de la norte-americana: la caballería se encontraba ya poseida de terror, y emprendió la fuga, desordenando en ella á la infantería que, novicia tambien en el arte de la guerra, empezó á vacilar y desordenarse. Viendo el general Heredia que eran inútiles los

esfuerzos de los jefes y oficiales por restablecer la línea de batalla, y comprendiendo que era mucho exigir de hombres que llevados de su patriotismo acababan de tomar las armas, el que se presentasen á cuerpo descubierto delante de los cañones, dió la órden de replegarse á los atrincheramientos. Esta retirada se efectuó despues de haber recogido los muertos y los heridos, y salvando un cañon que los fuegos de la artillería norte-americana habia desmontado. Los invasores se dirigieron entonces hácia los reductos que se hallaban mas cerca del cerro del Sacramento, en donde se habian vuelto á hacer firmes la infantería y la artillería, quedando á retaguardia de las fortificaciones la caballería. Antes de que se acercasen los norte-americanos, dió órden el general Heredia de que se subiesen al cerro del Sacramento dos cañones para que sus fuegos cruzasen con las piezas del reducto mas próximo de abajo. Esta órden, dada al comandante de artillería D. Matías Conde, se juzgó que era extensiva para todas las demás baterías. Esto hizo que inmediatamente se quitasen todos los cañones de los reductos en que estaban, y se subiesen á toda prisa hácia la cumbre del cerro, dejando sin artillería la base. Al notar aquello el general en jefe, marchó á decir que las piezas, excepto las dos de que hemos hablado, se volviesen á llevar á los sitios que habian ocupado; pero esta operacion era ya difícil en los momentos en que los norte-americanos atacaban las posiciones; el mal estaba hecho, y en aquella confusion ni se daba mano á subir las piezas ni á bajarlas á los reductos en que se colocaron al principio.

1847. Los invasores, comprendiendo que la pose-

sion del primer reducto era el que les aseguraria el triunfo dejando libre el paso á la cima, embistieron á él con mucha gente y notable ímpetu. Defendian este reducto una fuerza del 7.º de infantería mandada por D. Pedro Horcasitas, jóven oficial de la guardia nacional, algunos soldados dispersos de varios cuerpos y cosa de cien dragones desmontados del escuadron de Durango, á las órdenes de los oficiales Quintana y Rosales. Este corto número de soldados opuso una resistencia tenaz á los asaltantes. Los fuegos cruzaban sin cesar, y el capitán Rosales y el subteniente Quintana murieron allí con un valor heróico, recomendando á sus soldados que no retrocediesen. El coronel norte-americano Oinz, que iba á la vanguardia de los asaltantes, cargó entonces con audacia temeraria sobre el reducto: los defensores de éste recibieron á sus contrarios con una lluvia de balas; Oinz se lanzó con sus soldados para penetrar en el reducto; pero al poner el pié en el parapeto, cayó atravesado por las balas mejicanas. Los soldados que le seguian detuvieron su marcha al verle caer, vacilando un instante, y al recibir una nueva descarga, retrocedieron, atropellando en su fuga á los artilleros que, con dos piezas de artillería marchaban á retaguardia. Los mejicanos se animaron con aquel resultado. Los dos cañones de los invasores quedaron casi abandonados, pues solo se veia al lado de ellos unos cuantos artilleros irresolutos. Trias, con una fuerza de caballería, se dirigió á tomarlos, partiendo de la parte izquierda del reducto: el mismo movimiento emprendió por la derecha el general García Conde: las piezas iban ya á caer en poder de los mejicanos; pero al acercarse á ellas, los artille-

ros las dispararon, con puntería certera, y sembrando la muerte con la metralla, hicieron vacilar á los que se lanzaban á cogerlas. Esta vacilacion dió lugar á que volviesen á rehacerse los norte-americanos que, avanzando á defender los cañones, hicieron una descarga sobre la caballería, que se retiró al fin en desórden, sin defender ya el reducto, que cayó en poder de los invasores.

La confusion se introdujo entonces en todo el campo: los mejicanos se habian batido con valor; pero era tropa que acababa de formarse; paisanos llenos de patriotismo, pero sin haberse adiestrado en el arte de la guerra; gente que por la vez primera escuchaba el silbido de las balas y veia los estragos de la artillería; y al perder el reducto, abandonaron tambien todos los cañones que estaban en el cerro, y emprendieron la fuga, dejando todos los pertrechos de guerra, el dinero y los viveres que habian llevado.

El sol se ocultaba en occidente al terminar esta accion; y Trias, el general García Conde y algunos cuantos oficiales, se dirigian por el camino de Chihuahua, tristes por aquel terrible suceso. Los mejicanos dejaron sobre el campo de batalla sus muertos y sus heridos: éstos fueron recogidos por los norte-americanos, y cuidados y atendidos con exquisito empeño.

La noticia de aquel descalabro causó en la capital del Estado de Chihuahua la impresion dolorosa que todo hombre de hidalgos sentimientos sufre con las desgracias de su patria. Al siguiente dia, 29 de Febrero, las fuerzas de los Estados Unidos entraron en la ciudad de Chihuahua, que muda y silenciosa les recibia. Casi todas las

familias habian abandonado la poblacion. El Gobierno del Estado se fué á establecer en el Parral, ciudad la mas próxima á la frontera de Durango.

1847. Mientras esto acaecia en Chihuahua, y cuando el ejército mejicano, despues de haber prodigado su sangre en la terrible y gloriosa batalla de la Angostura, retrocedia de nuevo á San Luis Potosí, agobiado por las penalidades y padecimientos, el Gobierno del vicepresidente D. Valentin Gomez Farias provocaba con sus medidas opuestas á la opinion pública, una revolucion que se dejaba presentir de las primeras providencias que dictó al tomar el timon del Estado. Las nubes del horizonte político, que se presentaron amenazantes desde que se empezó á tratar de la enajenacion de los bienes del clero, se condensaron mas y mas, y amenazaban descargar una tremenda tempestad. La prudencia del ejecutivo, que podia conjurarla desistiendo de su impopular intento, no se presentó para ser el arco iris bonancible. En vez de ese bello don que debe ser una de las cualidades del gobernante, se entronizó el capricho, y apoyado el ejecutivo en el partido llamado entonces puro, se propuso llevar á cabo su pensamiento sobre la opinion y las preocupaciones del país en general. D. Mariano Otero, diputado de gran capacidad y elocuencia, que era uno de los prohombres del partido moderado, dejó escuchar su poderosa voz en el Congreso, manifestando lo inconveniente de la ley, y constituyéndose en defensor del clero. Dado el decreto, el oficial mayor de Hacienda, Huici, rehusó firmarlo, y no se encontraba persona ninguna que quisiera hacerse cargo del Ministerio, hasta que se prestó á ello el abogado

D. Antonio Horta. Las legislaturas seguian representando contra la ley; pero el vice-presidente D. Valentin Gomez Farias, lejos de ceder, siguió dictando medidas aun mas impopulares que acabaron de exasperar los ánimos. Sabiendo que los batallones de la guardia nacional, compuesta de gente honrada, voluntaria toda, no participaban de sus ideas, trató de colocarlos en puntos donde no pudiesen sobreponerse á la fuerza del Gobierno. Al efecto dispuso que el batallon de Independencia, formado de honrados artesanos, de médicos, de abogados y de gran número de comerciantes, no ocupasen el edificio de la Universidad que se halla á un lado de palacio, y que servia de cuartel en aquellos dias al expresado batallon. Para conseguirlo, envió, á las seis de la tarde del dia 24 de Febrero, una respetable fuerza del batallon que mandaba su hijo, la cual, sorprendiendo á la guardia de prevencion, se apoderó del local, despojando á los de Independencia del cuartel que les pertenecia. Este hecho causó, como era natural, gran indignacion é inquietud. Los jefes del batallon de Independencia representaron enérgicamente al jefe del ejecutivo por aquella arbitraria providencia, manifestándole la mas completa decision para dejar bien puesto su honor y el de sus subordinados. Pero nada alcanzaron; y el Gobierno, temeroso de una asonada, redujo á prision á varias personas de quienes recelaba. El batallon de Independencia se trasladó al siguiente dia al Hospital de Terceros. Al pasar, formado, por la Profesa en que estaba el batallon Victoria, que estaba compuesto de las personas mas principales del comercio de ropa, de los almacenes y de las personas de la escogida sociedad,

fué recibido con música, con vivas y ruidosas aclamaciones. Esto probaba el disgusto que existía contra Farias, y que se aproximaba el día de una terrible revolución. El 25, pocas horas después de haber tomado posesión del nuevo cuartel, el Gobierno dió orden de marcha al batallón de Independencia. Semejante orden se consideró injusta; pues habiendo en la capital fuerzas de tropas de línea, y componiéndose, como he dicho, el de Independencia de artesanos, médicos, abogados y comerciantes que nada le costaba al Gobierno, era á todas luces injusto hacerle salir de la capital con perjuicio notorio de los intereses de tantos individuos, cuyas familias quedarían sin recursos. Sin embargo, el batallón de Independencia se disponía á obedecer, cuando nuevas causas, originadas por la imprudencia de Farias, acabaron por dar el terrible resultado de una revolución.

1847. El 27 de Febrero, á las ocho de la mañana, todos los cuerpos voluntarios de la guardia nacional, Hidalgo, Victoria, Independencia, Mina y otros, así como una parte de la guarnición, agotado el sufrimiento, proclamaron, á mano armada, la caída de Farias. Las personas que hacían cabeza en aquel movimiento proclamaron un plan que desconocía lo hecho por el Congreso y el ejecutivo, como contrario al voto de todo el país. Se decía en este plan, que la mayoría del Congreso y el ejecutivo, electo por virtud del anticonstitucional decreto de 21 del último Diciembre, reclamado ya por las legislaturas, habían afectado no comprender la esencia y el verdadero espíritu del movimiento de Agosto. «El primero», advertía. «lo ha contrariado, procediendo al nombramien-

to de presidente y vice-presidente de la república que, aunque en calidad de interinos, debieron ser el resultado de la libre elección de las legislaturas, á fin de que desde luego se viese desarrollado en toda su plenitud el principio federativo; pero no ha sido este el único golpe con que se ha pretendido desnaturalizar aquel programa. El mismo Congreso, ó su mayoría, compuesto de hombres cegados por la exaltación, ha seguido la senda más tortuosa é indiscreta que pudiera imaginarse. La guerra que Méjico se ve obligado á sostener, exige, por cierto, pronto, eficaces y seguros auxilios; y en lugar de acudir nuestros representantes á otras fuentes de donde sacarlos con seguridad y con presteza; en lugar de unir el espíritu público y fomentarlo; en lugar de hacer útil el fondo eclesiástico, sin faltar á la equidad y á los derechos de una clase del Estado, ha cerrado sus ojos á toda consideración, ultrajando los principios que arreglan la propiedad de los particulares y de las corporaciones; no ha querido ver el enlace de la riqueza del clero con la de las otras clases; no ha apreciado las observaciones que le han puesto la cuestión en su verdadera luz y que demostraban matemáticamente que con la ley de 11 de Enero solo se iba á lograr crear la peor de todas las discordias, que es la que se afecta de los principios religiosos, y lo peor de todo también, que los apetecidos recursos iban á quedar en la esfera de un mero proyecto, y nuestro benemérito ejército expuesto á perecer sin gloria en un inmenso desierto.»

Después de seguir manifestando en el plan que, en la ausencia del general Santa-Anna, puesto al frente del